Sta Stella Sanchez

Tomo 6

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 17

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1923 LUNES 30 DE JULIO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El estado moral de la civilización de Occidente

Lo que dice Ku Hung-Ming (1)

Si Europa quiere salvar la civilización, es evidente, pues, que su inmediato deber consiste en descubrir un principio de autoridad, esto es, *una base moral de gobierno*. ¿Pero en dónde lo hallarán los pueblos europeos? *Tan sólo en China*, en la religión de la civilización china. La religión de Europa es el cristianismo, que ha trabajado por la perfección moral del individuo. Pero la religión de la civilización china, la de Confucio, no forma tan sólo hombres excelentes, sino también buenos ciudadanos... La llave del arco de esta religión es el gran Código de Honor, o la religión de la fidelidad, que dejó Confucio y contenida en cuatro palabras chinas: MING FEU TO YI, que al pie de la letra quieren decir: «el gran valor moral de la autoridad». Si el gran Código de Honor en China no se restablece, se perderá el secreto gracias al cual la civilización china ha podido ser eterna, y la civilización universal perecerá, pues este código únicamente puede salvar a Euro a de la anarquía.

Ku Hung-Ming

¿Cuáles son las fuerzas morales de que Europa y América debieran hacer uso para solucionar los formidables problemas que ante ellas se plantean? A mi juicio, cuatro son estas fuerzas:

1.—El optimismo de los americanos, que tiene su origen en la bondad y sencillez todavía infantiles de su espíritu.

2.—El sentimiento del deber de las razas germánicas, que tiene su origen en la fuerza de su naturaleza.

3.—El *Standard of fairness* o sentido de la justicia de los ingleses, que tiene su origen en la nobleza de su carácter. Finalmente, y esta es la fuerza de mayor importancia:

4.—La «politesse du coeur» de los franceses, y debo añadir, de los italianos, que tiene su origen en la delicadeza de sus sentimientos.

He dicho que la «politesse du coeur» de los franceses es de la mayor importancia, porque cuando la China—y de esto hace dos mil años—se hallaba en condiciones análogas a las de la Europa actual, no se salvó con la filosofía de Lao-Tse, que, como el cristianismo, salvaba a la humanidad arriesgando destruir la civilización; únicamente la salvó el LI YI, el código del amor y la benevolencia universal que Confucio enseñó toda su vida.

Son estas cuatro fuerzas morales—y no el carbón, el hierro, la plata y el oro—los verdaderos fundamentos de la civilización occidental.

Ku Hung-Ming

Las civilizaciones que desde hace un siglo luchan desesperadamente en Asia contra Europa, pertenecen todas, con más o menos esplendor, a la familia de las civilizaciones cualitativas de que Europa también formaba parte hace unos ciento cincuenta años. Se proponen esas civilizaciones, por encima de otro propósito, hasta sacrificarle todo otro bien—aun el de la riqueza y poderío—un ideal de perfección artística, moral, religiosa o política. Pero Europa—derribándolo audazmente—hace más de un siglo, el ideal de la vida; sacrificando, cuando era necesario, cualquier otro bien a la riqueza y al poderío, ha logrado aterrorizar, sojuzgar, oprimir a veces más o menos a todos los pueblos del Asia... Mas ahora que su fuerza disminuye, Asia quiere volver contra el adversario las mismas armas que le dieron el triunfo: máquinas e ideas. Pero aquí el problema: ¿acaso los pueblos asiáticos, para manejar estas armas, no tengan también que vender el alma al diablo, sacrificandola parte más preciosa de sus antiguas civilizaciones cualitativas, los tesoros de belleza, de sabiduría y virtud que de sus abuelos heredaron?

Esta pregunta ha desgarrado la conciencia de Europa durante la primera mitad del siglo XIX, pero confusamente, porque los pueblos europeos, en el momento decisivo de la lucha entre los dos principios de la cantidad y la calidad, no se dieron cuenta clara de que sacrificaban las perfecciones de una civilización milenaria a la riqueza y al poderío.

Se imaginaron que iban a conquistar una perfección nueva, más alta aun y más admirable. Los pueblos asiáticos no le responderían a la civilización occidental de todas las ilusiones que alentaron a Europa y la América al crearla. Ven con claridad cuáles son los esplendores y los horrores, las virtudes y los vicios, las grandezas y las faltas...

Por doquiera, en Asia, los esfuerzos más y más declarados por sacudir el dominio y la influencia europeos se acompañan y se acompañarán de un trabajo interno, que tal vez tenga, para el equilibrio moral del mundo, una importancia mucho mayor que la que tendría para el equilibrio político, la independencia que se reivindica contra Europa. En Asia, en donde viven las más antiguas civilizaciones del mundo, la lucha entre la civilización cuantitativa y la cualitativa, que desde hace un siglo trabaja secretamente a Europa, debiera tornarse consciente y presentarse al espíritu de las *élites* como la suprema y bien definida tarea que la humanidad tiene entre manos...

Si ello es así; cuán grandiosa página histórica se abre para el Asia! Será allá en donde se resuelva el mayor, el más complicado, el más trágico de todos los problemas de la historia!

En los últimos siglos, la Europa, sin saberlo, ha hecho del hombre un semidiós ciego, poseedor de una fuerza formidable, pero que no sabe cómo utilizarla; que tan pronto crea, tan pronto destruye, con el mismo entusiasmo y casi la misma indiferencia...

(1) Antiguo funcionario de la monarquía china, destituido por la revolución. Educado en Europa, escribe en los diarios de Changai. Conoce las principales lenguas, historia y filosofía de Europa.

Este semidiós ciego, ayer admiración del mundo, comienza a aterrorizarlo, después que se ha apoderado del mundo la rabia destructora. ¿En donde se halla, pues, el remedio que le devolverá la vista, que le enseñará a servirse de sus fuerzas conforme a la razón y a la sabiduría, con fines reconocidos como legítimos por la conciencia moral? ¿Entre los pueblos más antiguos del Asia que filosofaban, esculpían, pintaban, cantaban, vivían bajo leyes justas y sabias, cuando Europa estaba en la completa barbarie?

Si el Asia llegara a apropiarse de las armas y de la ciencia de Europa, conservando la porción excelsa de sus antiguas civilizaciones; si llegara a poner de acuerdo la perfección y el poderío, la cantidad y la calidad, de nuevo sería el ejemplo del mundo. De modo que en tanto que turcos, persas, chinos y japoneses vienen a nosotros a estudiar la mecánica y la química, o a comprar nuestros cañones y explosivos, no sería malo que los europeos trataran de descubrir cuál será el secreto a que alude Ku Hung-Ming y gracias al cual la civilización china debe su eternidad...

El secreto de la civilización eterna, si en realidad la China lo posee, valdría por sí sólo por todos nuestros inventos y privilegios.

GUILLERMO FERRERO

(Trad. de *L'Illustration*, París).

Tchrimekudan

CUANDO la batalla cesó y el silencio tornó a reinar, los buenos europeos miraron aterrados en su torno. Uno a uno, se habían desmoronado los principios que servían de sostén al mundo cristiano. Se iniciaba el período agónico de Occidente. Algunos, creyendo que la tierra, en cuanto albergue de almas que palpitan, se reducía al viejo mundo grosero y sensual, se entregaron de lleno al desfallecimiento con esa resignación de quien se enfronta con lo irremediable.

Un siglo de progreso aparente, reflejado en las máquinas, pero que no interesó a las conciencias, se esfumó cuando la violencia se enseñoreó de los hombres. La hora del descenso había sonado; inútil dirigir la mirada apeteciendo una esperanza. El mundo no brindaba otro recurso que la barbarie ignorada de los pueblos primitivos, recluídos en las encrucijadas del Asia misteriosa.

Algunos, menos frívolos y más reverentes, tornaron los ojos al pasado; así procedieron quienes juzgaron que el mundo existía como espiritualidad, antes de que el cristianismo hiciese su aparición. Oriente; he ahí la esperanza. La corriente tomó cuerpo en Alemania y se incrustó en las almas cuando se conoció la irremediabilidad de la derrota. Spengler reflejó sistemáticamente en unas páginas la tendencia imprecisamente manifestada. La decadencia occidental; el renacer de Oriente con el perfume de una esperanza.

Pero no bastaba desenterrar ese tesoro de idealidad lejana; los europeos son demasiado obtusos para apreciar lo que es inmaterial. ¿De qué servía aquella tradición ideal puesta en manos de pueblos decadentes y mediatizados por los que habían hecho de maquinismo y de la técnica un culto? Aquel mundo misterioso, postrado, entregado al cultivo de lo sublime, era terreno apropiado para que el imperialismo de mercaderes europeos fructificase. Resignación interpretada como decadencia irremediable; pasividad considerada como impotencia.

Pero un día llegó en que la Europa escéptica y corrompida asistió atónita al renacer de unos guerreros; ejércitos reputados de invencibles fueron destrozados; pueblos motejados de agónicos revivieron, y el imperialismo europeo tuvo que retirarse ante la inesperada reacción. Nació en Turquía; después se fué corriendo, y actualmente la resistencia potencial del Asia misteriosa adquiere los caracteres de algo indomable.

Los europeos, que tornaron con sus máquinas destructoras deterioradas, comenzaron a sentir curiosidad; un movimiento orientalista se inicia; después se intensifica y extiende; no ha llegado todavía a España, pero un día llamará a nuestras puertas. Otros pueblos de tradición orientalista, Francia entre ellos, van más de prisa en sus investigaciones.

Recientemente, la Casa editorial de París, Bossard, ha emprendido la publicación de la «Colección de clásicos de Oriente». Es apoyada por la Asociación Francesa de Amigos del Oriente. Algunos volúmenes han aparecido ya; unos se refieren a la India, otros al Japón, algunos a China. Son leyendas viejas, como el mundo. La lectura de alguna de esas publicaciones nos ha servido de deleite. Todas ellas nos apartan de este mundo materialista en que nos asfixiamos.

Una de esas publicaciones se titula «Tres misterios thibetanos». Es el relato de temas indios y chinos, que al llegar al Thibet adquieren una especial fisonomía. Entre esos misterios, atrae el que relata lo acaecido a Tchrimekudan. Es el hijo de un rey. Fallecido su padre, y cuando llega para él la hora de encumbrarse y de que los hombres se postren sumisos, inaugura su reinado distribuyendo todas las riquezas acumuladas por sus antecesores. Da a sus enemigos un talismán, que proporciona al que lo posee todo lo que apetece. Aquella generosidad, que no excluye ni a los adversarios, es penada con el destierro. Tchrimekudan debe marchar a las montañas pobladas de monstruos. Parte hacia la tierra de expiación. Cuando camina, acompañado de su mujer y de sus hijos, los brahmanes le demandan su descendencia, que el hijo del rey entrega; un viandante le pide los ojos; el hijo del rey se los arranca y se los dona al mendigo implorante; prosigue su camino con las órbitas vacías, sin que en la experiencia expiatoria haya conocido las flaquezas del egoísmo. La Divinidad le recompensa: recobra cuanto ha entregado, llevado de una generosidad incondicionada.

Es una leyenda de perfume divino; no la mancha ni una sola consideración humana. Es la línea recta a través del sacrificio por el sacrificio mismo; no hay la compensación de la recompensa. Cuando esas páginas son leídas, sentimos como una inhibición consoladora; nos vemos alejados del mundo que se mueve a impulsos de un egoísmo sin freno, y pensamos en aquellos monjes del Thibet que actualmente guardan en sus montañas inaccesibles toda la dulzura de la tierra.

Los europeos no intentaron penetrar en ese mundo misterioso. Fueron allí los exploradores de la topografía; pero no los escrutadores de almas. Y aun aquéllos quisieron ascender a la cima del monte Everest; pero la cús-

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

pide thibetana pudo más que todo el aparato científico.

Regresaron los escaladores de alturas materiales. Pero no tornaron como fueron. Traían, con el fracaso científico, el aroma de un mundo dulce. Su extrañeza fué grande cuando se encontraron con las fieras que lamían las manos de los hombres y vieron correr los reptiles en completa mansedumbre.

Lector: si, de vez en vez, buscas una elevación que te liberte de la grosería occidental, posa tus ojos en esas páginas maravillosas, y el día en que tus pupilas se cubran para siempre, te dormirás acunado por una esperanza: el descenso de Oriente hacia nosotros, que es algo así como un acercamiento a aquello de lo que es principio y fin que preceda a la vida y vaya más allá de la muerte.

CAMILO BARCIA TRELLES

(*La Libertad*, Madrid).

Quinta Conferencia Internacional Americana

Estudios universitarios

Informe de la Comisión de Educación sobre el tema XIII: "Consideración de la unificación de estudios universitarios e intercambio de títulos profesionales entre las Repúblicas americanas".

Ponencia del Excmo. Sr. MANUEL MÁRQUEZ STERLING.

Excelentísimo Sr. Presidente de la Quinta Conferencia Internacional Americana:

El Tema confiado a la VIII Comisión, tiene alcance más hondo que el a primera vista sugerido por la fórmula sintética empleada al enunciarlo; y diríase, de comprenderlo así, que descubrimos, en el espíritu de los estadistas a quienes tocó su redacción el propósito noble de ocasionar deliberaciones amplias e iniciativas inteligentes y fecundas. La tendencia que lo informa se halla sin duda delineada en el proceso del «panamericanismo» por diversas tentativas de solución que, a la postre, resultaron insuficientes; y a todas luces pretendese llevar ahora a un examen sereno y completo de sus fases múltiples, el problema que significa la compenetración del pensamiento entre los pueblos libres que constituyen las tres Américas y son factores esenciales e idénticos de una suprema aspiración.

Sus antecedentes, el Convenio de Montevideo, en 1889, y el de México, en 1902, relativos a intercambio de títulos profesionales, la resolución, acordada en Río de Janeiro, en 1906, para recomendar, a todos los Estados del Continente, el Convenio de México, y la suscripta en Buenos Aires, en 1910, para recomendar, también, a las naciones americanas, el intercambio de profesores y la creación de becas a favor de los estudiantes de los demás países, han sido ensayos de escasa efectividad, que demuestran la conveniencia de acudir, si el buen éxito se desea con sinceridad, a diferentes métodos y a nuevos y mas positivos recursos. Reconozcamos a nuestros laboriosos predecesores en estas arduas tareas, el mérito de la obra y la experiencia que nos han trasmitido; y comencemos a edificar sobre las bases que juiciosamente asentaron.

No se trata en el Tema XIII de dos proposiciones substancialmente distintas, que deban estudiarse por separado, si bien las circunstancias acaso aconsejen resolverlas en forma independiente la una de la otra. El intercambio de títulos profesionales, a toda evidencia sería más frecuente y encontraría menos opositores que obstaculizaran su ejecución, si procedieran de centros docentes amoldados a un mismo concepto científico y a una misma orientación cultural. Adviértase, porque sin duda entraña un testimonio muy elocuente, que la Convención de 1902, ajustada en México, es más estricta que la Convención de 1889, ajustada en Montevideo. La solución continental que insistentemente procuraban los plenipotenciarios de América, perdía terreno y acrecentábanse las desconfianzas fundamentales.

Háblase, empero, de la unificación de estudios universitarios, en nuestra patria americana, con miras más profundas y anhelos más trascendentales. Una clara visión de nuestro común destino parece indicarnos la necesidad urgente, la necesidad inaplazable, de concertar esfuerzos y estrechar vínculos en el seno de esta gran familia de naciones; y no conoce la mente humana resorte que aventaje en análogas disciplinas, al nervio de una fuerte alianza internacional. De esta suerte, los móviles insignes que atribuímos al «panamericanismo», triunfarán encarnados en la idea de una alianza semejante; la cooperación internacional no será ingerencia política y económica en menoscabo de la soberanía de los Estados débiles, sino generosa y concluyente solidaridad en provecho y para honor de la justicia; y no responderá el sentimiento nacionalista a la conciencia del peligro sino a la conciencia de la libertad y del progreso a través de todas las fronteras y por encima de todas las ambiciones. «Aquellos que hayan sido sabios—decía el profeta Daniel—brillarán como los fuegos del firmamento, y aquellos que hayan instruído a otros en las vías de la justicia, lucirán como estrellas por toda la eternidad».

La Conferencia no ignora, no puede ignorar, las dificultades que ofrece, en la práctica, la unificación de los estudios universitarios: pero, la esperanza y el vehemente deseo de transformar, en sólida armonía, las relaciones intercontinentales de los países de América, no flaquearán en el ánimo de sus preconizadores, ante la realidad inviolable que nos exige la obligación de avanzar con cautela por el camino idealmente trazado. De otra parte, incurriríamos en un error manifiesto y gravísimo si obsesionados por el entusiasmo, pretendiésemos resolver, en un momento, y de un sólo jalón, todas las cuestiones que consideramos frente a la magnitud de los impedimentos, además de que, al fracasar, por nuestra loca temeridad, introduciríamos en el espíritu público la falsa convicción de que intentamos una quimera.

Perseguir como la meta de una aspiración colectiva, la uniformidad en los estudios superiores, y destacarse en ese propósito, no es, ni con mucho, pretender implantar en América, de norte a sur, de este a oeste, un sólo tipo de Universidad, idénticos procedimientos y la misma organización. Ciertamente, afirma un profesor ilustre, «la pedagogía no debe resignarse a esperar inactiva el advenimiento de la fecha en que la civilización y la mentalidad lleguen a ser semejantes en todos los países, sino que a ella corresponde apresurar su advenimiento». Mas, lo que a nuestro parecer justifica el alcance del tema, está solamente en procurar la reciprocidad franca y constante en punto a progreso y a investigaciones científicas, y en imprimir, a cada una de las instituciones docentes de América, el más alto grado de suficiencia que alcanzaran las demás. Y a este fin propendieron, sin pronunciarse de un modo categórico por la unificación de estudios universitarios, los acuerdos de la IV Conferencia Internacional Americana, referentes a intercambio de profesores y alumnos. Buscábase entonces y se busca ahora, el desarrollo de la alta cultura de cada país y el de la eficiencia profesional y científica.

Orientaciones perfectamente marcadas en la América Latina pugnan por hacer de la Universidad o del conjunto de Universidades de que disponen nuestras Repúblicas, uno de los poderes autónomos constituidos del Estado; y sus consecuencias positivas deben advertirse en la renovación de las energías nacionales. «El porvenir entero de la Nación—afirmaba el polígrafo español D. Hermenegildo Giner de los Rios—depende en gran parte de las universidades. Según el tono, carácter y espíritu de su obra, así sale de ella una juventud escéptica, retórica, ambiciosa, sensual, brillante, frívola, sin ideal, indiferente a todas las cosas grandes: o una juventud varonil, entusiasta, seria, reflexiva, desinteresada, enamorada de las grandes empresas y con brío para luchar por realizarlas». Por eso cada país de América es un régimen universitario como es un régimen político, llamado a levantar la tribuna en donde se discutan con libertad y sin prejuicios no sólo todos los problemas que se

relacionan con la vida de la Nación—palabras recientes de uno de los plenipotenciarios que comparten nuestras labores en la Conferencia: el Dr. Rowe— sino los otros problemas, de suyo más complicados y difíciles, que atañen a los designios y a la grandeza de América. Así, la cooperación internacional universitaria descubre un hermoso pensamiento que perfila nobles ideales de régimen continental, y esboza, para no lejano futuro —¡seamos optimistas!— las conexiones de una verdadera diplomacia interuniversitaria.

La Delegación de Cuba entendió que el punto de partida sería un Instituto de carácter científico, en manos de los directores de nuestras Universidades, que tuviese por norma y objeto fomentar, mantener y acrecentar las relaciones entre ellas; reglamentar el intercambio de diplomas o títulos expedidos por la autoridad competente; resolver las consultas de índole científica que le fueran presentadas por la Unión Panamericana y por los Gobiernos de las Repúblicas de América; y promover la investigación científica relacionada con los problemas panamericanos. A las veces, la misma Delegación propuso que el Instituto naciera de una Conferencia, como él, apellidada Interuniversitaria Americana; y, dentro del papel que juegan hoy en las sociedades progresistas los resortes universitarios, atribuía a la Conferencia facultades plenas para intervenir de idéntica manera que en los asuntos de la educación superior en la estructura de la enseñanza secundaria y especial en América. Mauricio Legendre opina que «no puede existir enseñanza superior donde no existe segunda enseñanza. El más admirable de los maestros—agrega—no podrá hacer nada si sus discípulos no están preparados a recibir sus enseñanzas. El catedrático, si está seguro de no ser comprendido ni seguido, trabajará para sí mismo, contribuirá con investigaciones importantísimas a la ciencia universal, pero no será, de ningún modo, lo que se llama *un maestro*». Debe pertenecer, pues, al sistema universitario así la fijación de los moldes constructivos de la segunda enseñanza como el cuidado de vigilarla y de mejorarla.

Este criterio y estas soluciones en torno de las cuales deliberó detenida y serenamente la Comisión, merecieron, de su parte, favorable unanimidad, aunque, al cabo, conviniese en diversos cambios de forma que dejan intactos el fondo y la esencia. Desde 1917, la Oficina de la Unión Panamericana, en Washington, presta servicios útiles a nuestros pueblos en asuntos educacionales; y a la sección correspondiente, concebida por el Primer Congreso Científico Panamericano, en 1909, y reclamada, después, por el segundo de estos Congresos, en 1916, puede, a juicio de la Delegación de Chile, desempeñar las facultades que al Instituto se le conferían, ya con ánimo de «borrar las fronteras artificiales creadas por la ignorancia mutua en que vivimos los ciudadanos del Nuevo Mundo», ya para anudar, en el sentimiento panamericanista, los lazos de la más estrecha solidaridad.

Otra frase del tema XIII, el intercambio de profesores, dió lugar, asimismo, en la Comisión, a un análisis minucioso de sus caracteres varios. La Delegación del Brasil ha declarado categóricamente que los acuerdos de la IV Conferencia Internacional Americana, al respecto, carecen de eficacia; los grandes profesores de cada país, jurisconsultos, médicos o ingenieros de renombre, se hallan generalmente atados a la vida del país en tales términos, que no se avienen sino por excepción a dictar cursos completos en las universidades o institutos de las naciones amigas; y de ahí fácilmente se deduce la inevitable consecuencia de que sólo es viable el intercambio de aquellos profesores que no son los más sabios. «Lo que interesa a cada país—continúa en su argumentación la Delegación del Brasil— es conocer las novedades de los otros países americanos y proveeríamos a ello si creásemos, entre las naciones americanas, el intercambio intelectual y universitario por medio de viajes de estudio en que se hiciese saber a cada país, por medio de conferencias en las universidades, sin retórica y sin deseo de propoganda, pero con la intuición científica necesaria, solamente las novedades que se traen del país de procedencia».

Examinadas y discutidas las expresadas materias, la Comisión, que ha laborado inspirándose en la mira de procurar medios beneficiosos y métodos prácticos, decidió unánimemente someter al voto ilustrado de la V Conferencia Internacional Americana la resolución que sigue:

I. Se acuerda la celebración de una Conferencia Interuniversitaria Americana en la que se encuentren representadas las Universidades, las Academias e Instituciones de investigación y educación científica de cada una de las Repúblicas del Continente Americano.

II. La Conferencia tendrá lugar en Santiago de Chile en 1925 y su objeto será dictar medidas que contribuyan a la armonía de la enseñanza superior, secundaria y especial en América.

III. La misma Conferencia aconsejará las medidas conducentes a la mejor ejecución de sus acuerdos; y se encarga, además, a la Sección de Educación de la Unión Pan-americana pue atienda el intercambio de informaciones sobre materias educacionales, como un medio de estrechar las relaciones entre los diversos organismos nacionales consagrados a estos fines, y como una colaboración activa al perfeccionamiento de la educación pública de cada país.

IV. Se deja constancia del deseo expreso de la V Conferencia Pan-americaua, de que la mencionada Conferencia interuniversitaria estudie los mejores medios de reglamentar el intercambio de diplomas y títulos profesionales expedidos por autoridad competente.

V. Las universidades de cada Nación y demás instituciones destinadas a la propagación de las ciencias, comunicarán a la Sección de Educación todos los antecedentes y datos estadísticos, cuyo conocimiento consideren de utilidad para los centros de enseñanza de las obras nacionales.

VI. Con el objeto de dar a conocer en el Continente las investigaciones científicas particulares que se realicen en cada país, las Universidades respectivas harán llegar a la Sección de la Unión Panamericana la nómina de tales investigaciones y el nombre de los profesores capacitados para exponerlas, y la Unión distribuirá estas nóminas entre las Universidades de las demás naciones para su selección, si desean propender al intercambio de conocimientos.

(Concluirá en el próximo número).

Carta literaria

París, 5 de junio de 1923.

Sr. Ventura García Calderón,
París.

Estimado amigo y maestro:

Leo con vivísimo interés su admirable carta abierta para el eminente hispanista inglés Mr. Fitzmaurice-Kelly y que aparece en *Hispania*, (Octobre-Décembre, 1922). El problema que Ud. trata en ella, en la oportunidad de esta civilización de comienzos de siglo que busca orientarse en las diferentes tendencias mentales del momento, y la coincidencia con el movimiento espiritual que llenara al mundo hace una centuria—pues Barrés ha querido ver en la acción napoleónica el origen del romanticismo,—le dan una actualidad de primer orden. Además, como Ud. quisiera que fuéramos «los hijos espirituales de *Figaro*», quien alarmó a su tiempo con sus gracias inusitadas y la libertad de su inteligencia, formada en el bullicio intelectual de París, los conceptos sintéticos de Ud. sobre el estado actual de las letras castellanas, son el comentario que todo hombre joven se hace al recorrer las corrientes ideológicas de los espíritus que saben ponerse a tono con el mundo que pasa.

El arte fué siempre el más puro concepto de la vida, y por ello mismo

su sitio está en el sentimiento que la filosofía moderna llama intuición y que no es sino el punto por donde encuentra salida su fuerza vital. Por tal razón, el arte tiende cada día a ser más personal, a estar más en devenir, diría un hegeliano. Y no es que viva fuera del ritmo que forma cualquier aliento vital: lo aprueba, al contrario, con la autonomía que busca. Un alto espíritu francés, Jacques Ribiére, decía, al estudiar el movimiento dadaísta, que era la última etapa del romanticismo, en su afán a lo excesivamente personal: como negación de lo universal no se puede ir más lejos; sin embargo — floración de un día — el dadaísmo no afirmó nada real, pero definió una tendencia, como el cubismo en la pintura. Epoca de relativismos y de transiciones: falta lo universal para llegar a lo eterno. La vida se va formando por repeticiones del último modelo. Triste tarea a la que los hombres no se niegan, en su vanidad de destronar a los dioses. Devenir suntuoso que hiciera oscuro al más actual de todos los filósofos: Heráclito.

Cuando las discusiones sobre la literatura llegan a mis oídos, con el espíritu de exclusividad que forma los bandos, tengo para mis adentros el deseo de gritar que en la vida no hay frontera, y que el arte es algo universalmente eterno. Y sobre todo en nuestra escena — nosotros, italianos, franceses, españoles y americanos de habla castellana,—hijos del Mediterráneo y criados con la misma leche de la loba romana. En el fondo, todos no hablamos sino un latín corrompido, lo ha dicho más de un humanista. Las variantes del lenguaje las impuso la latitud en que accionaba cada pueblo: lo eterno del primitivo lenguaje no ha cambiado. La mentalidad de los diversos pueblos se fué formando por la afluencia de otras razas—el bárbaro es aquí el romano que conquistaba—que se iban insinuando, junto con el poder inmenso de la civilización latina, mediante las invasiones del Norte y del Oriente. Fuera del elemento autóctono, en España y en Italia, predominó el oriental; en Francia el vándalo, el celta. Rara mezcla de razas que ha dado la sorprendente civilización moderna. En el comienzo del Renacimiento estos pueblos ya estaban definidos, y en las lenguas respectivas que se fueron formando en la boca del vulgo, a pesar de la defensa que del latín hacían los doctores en letras y teología, iban vaciando sus almas. Alma suntuosa y apasionada en el italiano; alma irónica, escéptica y de una transparente ligereza, en el francés—¡oh sombras de Montaigne y Rabelais!;—alma aventurera y picaresca, en el español. Sobre tal fondo espiritual iba trabajando la vida; el principio interior que unía a estos pueblos no se rompió. Un hecho importante, entre muchos otros, lo probará más tarde, en la curva del tiempo. La influencia de la literatura española clásica en la francesa y de la actual literatura francesa en la española.

Toma base su carta a Mr. Fitzmaurice-Kelly, que es todo un programa de vital actualidad para las letras castellanas, en este concepto del maestro inglés: lo llama a Ud. *a master of a rapid gallicized style* (un maestro del rápido estilo francés). Ud. demuestra, con la elegancia literaria que a Ud. caracteriza y con una erudición que remonta a toda nuestra historia intelectual, que la acusación que se ha hecho del galicismo en el pensamiento español es, a la par que una limitación incomprensible, casi en todas sus partes falta de razón. Porque, por lo demás, no se podrían evitar esas corrientes de vitalidad que los hombres como los pueblos se prestan de época en época. No hemos sabido, los que como Ud. hemos venido a las letras castellanas en este siglo, del estilo ahuecado y lento, vacío y adusto, para alarmarnos por la rapidez de la prosa y del verso que encantara nuestra primera juventud. Arte que es de gracia y de sugestión, aéreo y penetrante, porque es libre como la vida y porque tiene un fondo constante de emoción y de pensamiento.

Nos hizo daño, en el espíritu y en la paciencia, el perenne elogio que se nos hacía, en la clase de literatura, en nuestros tiempos de estudiantes, de todas las excelencias de la prosa castellana, en nombre de la cual se quiere condenar la verdadera y única sensibilidad de nuestra naturaleza. Vana tentativa que no hizo sino sembrar en nuestro ánimo el odio hacia todo lo que fuera acompasado e interminable, y lo que sobre todas las cosas nos llena de dolor: en tal odio confundimos a los clásicos, porque para ilustrar tesis falsas, se recurría a ellos, posiblemente a lo peor de sus cosechas. Entonces les tuvimos horror y no es sino más tarde que tan alto tesoro de encantos y de perfección, se fué filtrando en nuestro interior, para dejar allí ese sedimento espiritual que va constituyendo el puente de la tradición literaria. A costa de cuántos trabajos de reacción nos fuimos dando cuenta de la verdadera sustancia mental y estética de nuestros clásicos. Más tarde comprendimos otros secretos en ellos y vimos en sus obras los gérmenes de cierto modernismo, hasta sentir en Góngora al extraordinario poeta que busca, como Mallarmée, en el sentimiento de la música y del color, una base para su estética.

¿Quién se atrevería a negar la influencia decisiva del pensamiento francés, a partir del romanticismo y aún desde antes, sobre la civilización española? Es inmensa en España y en América, y en los últimos tiempos se ha hecho sentir más. La Revolución Francesa nos independizó a los americanos y la literatura francesa nos enseñó el valor de la gracia y el peligro de las ideas, ágiles porque son bellas, librándonos de tal manera de la rigidez escolástica y de la vaciedad oratoria. Tarde, muy tarde aprendimos a dudar, pero hoy ya sabemos la lección, con todos sus encantos: el escepticismo no nos produjo efectos desastrosos y el arte encontró que la duda era el origen de muchas deliciosas enseñanzas. Y no se puede dudar sino a pequeñas dosis, como se gusta el amor, como se gusta la filosofía, como se gustan las cosas en donde el oficio resulta de lo intenso de la vida. Es aquí en donde encuentra su razón eso que Ud. tan bellamente llama «un lenguaje apresurado, simple, hecho de frases cortas». Cuando las formas clásicas, nutridas en esa lengua maravillosa que tanto sintiera Juan de Valdés y que se desarrolla en más de un refrán, «los más de ellos nacidos y criados entre viejas tras del fuego, hilando sus ruecas»; cuando las formas clásicas van transformándose para dar la espléndida floración de la vida literaria actual, entonces no sólo ese temido francesismo se insinuará en nuestra naturaleza: Formas desconocidas del Norte vendrán a enriquecer, con nuevas tendencias literarias e ideológicas, el acervo de lo ya establecido. Tal influjo vendrá de nuestra América (en ella nació el temblor lírico moderno que todo lo transformó, en los planos del espíritu). Estamos más cerca de los Estados Unidos y somos pueblos jóvenes como ellos. Sentiremos todos sus hechizos artísticos. Nos encantarán sus formas y, en la escena de la más reciente civilización occidental, diremos con ellos la grandeza de la vida. La influencia inglesa —el pensamiento siempre viajó en barcos mercantes,—implicará inmensos triunfos en las nuevas orientaciones mentales de nuestra vida. Lo mismo la alemana. Recuérdese que nuestro continente es una porción del mundo hacia donde afluye todo lo que emigra de esta parte de la tierra. Esa grandiosa emigración nos va formando en todos los sentidos. Hasta el momento actual se ha logrado conservar la lengua de España,—y quiera el cielo que así sea siempre. Pero los últimos instantes de nuestra historia van simplificando formas que ya se creían definitivas.

El instante en que aparece Rubén Darío es decisivo: junto al maestro se agrupo una «élite», tanto en América

como en España, que sostendrá las conquistas alcanzadas. Espíritus de segundo orden—fenómeno que dichosamente siempre sucede en la vida,—sancionan con un empeño constante lo que costó tanto trabajo en días de encarnizada lucha. Hubo ya en el romanticismo español precursores de esta gracia que tanto asusta a los señores nada sutiles que conservan como cosa suya *la lengua de Cervantes*. El gran Larra, lo dice Ud. mismo para que yo lo repita aquí. Y la melancolía de las rimas de Becquer, tan dulcemente tristes. Y tantos otros. Y América, ¿no se adelantó con algunos espíritus que presintieron a Darío? Ya los conocemos todos para anotarlos. Cuánto debemos a Darío, al habernos enseñado de una vez por todas el verdadero rumbo de París. Algunas almas se extraviaron: peor para ellas, que el arte, como la vida intensa, se hizo para hombres de talento. Gómez Carrillo, que tuvo en sus manos el destino de tanta juventud americana, cuando nos iniciara, en libros deliciosos, en las locuras de una bohemia que no alcanzamos a ver los que hoy tenemos menos de treinta años, con el encaje de su prosa fabricada en las elegancias de París, con los más sutiles caprichos líricos, en los que fué maestro y que hoy, en esta vida tentacular que nos rodea, ya no tienen razón de ser. Pero su acción fué enorme. Y de cuántos otros se podría decir lo mismo. Y dígase alto: a pesar de las transformaciones del momento, París sigue siendo la capital del mundo. Ah!, si pudiéramos pararnos en cualquier *carrefour* de la civilización y si pudiéramos preguntar a los viajeros que hacia dónde encaminan sus pasos; todos nos responderían, con esa alegría con que los antiguos miraban a Atenas: «Hacia París...»

¿Y por qué querer hacer en «la república de las letras» un *fascismo* en todos sentidos odioso? Dejemos tranquilos los espíritus del pasado, como los dioses. Ellos construyeron su época, a pesar de que el mundo existió antes de lo que vieron y soñaron. Se quiere encerrar todo; se quiere repetir todo; se discute el valor de lo movible, y a lo que menos se le hace caso es al minuto que pasa, a la hora, efímera como la vida. Y lo único que queda, después de todo, es el espíritu: la Idea de Platón. Cito a este filósofo que fué el fundador de todo idealismo y de todo intelectualismo: nos habló en el más infinito de los lenguajes y nos dijo lo más eterno del espíritu. Nadie lo discute porque esa es la cualidad de lo eterno: estar más allá del tiempo y del espacio.

Uno de los más distinguidos hombres de letras de la América joven, Alfonso Reyes, cuya cultura clásica nadie pone en duda y cuya erudición en todas las literaturas sorprende, ha conseguido unir a la más diáfana de las síntesis mentales—agilidad de pensamiento y de paradoja, sutileza de la frase y amor por la forma descoyuntada,— la suave ironía de los ingleses. El mismo supo encontrar en el raro Chesterton un parentesco espiritual con el clásico Gracián. Y las sutilezas de Reyes nos hacen pensar, siendo sin embargo de cepa tan castiza, en el humorismo de Bernard Shaw. Y el joven poeta Salomón de la Selva, con una sencillez americana llena de encantos, nos ha revelado el contraste de un alma del trópico con el frío lírico de las razas anglo-sajonas. Y en sus versos por cierto no está el democratismo de Whitman, sino el más íntimo lirismo que se asombra con las realidades del mundo. Ahora no es contra Francia: habría que condenar la influencia inglesa y americana. Pero no! Más de un hombre ilustre de América y España sabría defender tal riqueza que uno quisiera más repartida. Sanín Cano, Pedro Henríquez Ureña, Federico de Onís, Azorín y cuántos más han descubierto esa mina de seriedad y de placeres ideológicos.

Es vasto el problema para tratarlo en una carta; Ud. mejor que yo lo siente así. Es la eterna lucha del pasado que se aferra a la vida, y del modernismo que busca vivir por sí solo, con todas sus energías de adolescente. Qué curva más hermosa la que este problema ha suscitado a través de todas las civilizaciones; y en uno de sus pliegues nos encontramos nosotros, a la derecha o a la izquierda: cada cual ha escogido su puesto. Ud. no sabe, mi querido amigo y maestro, cuánto placer siento al poder decir aquí, a grandes líneas, lo que su interesantísima carta abierta ha dejado en mi ánimo.

Soy de Ud., con toda mi admiración y cariño, su constante amigo,

NAPOLEÓN PACHECO.

Glosas

LEJANIAS, NOSTALGIAS

Así decíamos, una de estas últimas mañanas, a un grupo de amigos, en uno de los rincones más recatados del Museo de Arte Moderno: Todas las emociones, todas las pasiones aparecen solicitadas en esta ilustre pinacoteca—colección romántica al fin,—que reune los frutos escogidos de un siglo entero de pintura española. Todas las emociones, todas las pasiones, menos la emoción y pasión de la lejanía.

¡Tan típicas, sin embargo, una y otra, en sensibilidad y aún de la sensualidad modernas! ¡Tan propias del hombre de hoy, del hombre del inmediato ayer! Su traducción pintoresca y superficial en el arte llamado *orientalista*, por mal nombre, no ha cesado un punto de ofrecerse, en mercados y certámenes del mundo, como estilo y especialidad pingüe, jamás caducos ante la moda. Pero el Ochocientos español ignoró en realidad este *orientalismo*. Demasiado actual, demasiado cercana fué el Africa de Fortuny y de sus epígonos. Ni siquiera en temas de harén pudo hallar nota de exotismo un pueblo que contaba la Alhambra entre sus monumentos nacionales más apreciados. Lo mismo que inspirara a un Víctor Hugo, con poética sugestión de confín remoto, en el espacio y en el tiempo, hubo de sentirlo un José Zorrilla con matices sentimentales de vecindad, de familiaridad y aún de filiación.

Pensemos ahora en otras manifestaciones más profundas, más substanciales, del mismo apetito espiritual. Advirtamos, en nuestras heredadas culturas, la presencia de un elemento característico, de una especie de *voluptuosidad de la nostalgia*, cuando, en su amor a lo lejano, no se contenta ya con brillanteces de carácter y de indumento, sino que busca lo ingenuo, lo primitivo y desnudo. Achaque ha sido siempre de civilizaciones complicadas suspirar por los encantos de la inocencia. Y toda una corriente, con derivaciones en terrenos de arte, de poesía y hasta de ciencia, viene atravesando los ardientes sentires de nuestra Europa, trayéndole frescura de algún Paraíso perdido; desde el edén de la isla Borbón, donde lloraba la ternura de Bernardino Saint Pierre, hasta las soledades de Haití, adonde el pintor Pablo Gauguin, harto del París «Fin de-siglo», se retirara a buscar el secreto del propio espíritu, junto con la belleza sin velos de la naturaleza y de la mujer de Oceanía.

¡Cuán interesante, una historia concreta de la que podríamos llamar «la cultura nostálgica» en el XIX!

EL «ROBINSON»

AÚN antes de este siglo, aún antes de la aparición del *Pablo y Virginia*, la tendencia apunta, desde los inicios de la estética barroca. Es probable que el influjo y la eficacia que la aparición de la figura de Robinsón Crusoe tuviera en la imaginación de las gentes no hayan sido todavía bien estudiados. Corrientemente se habla del libro como de una lectura pedagógica, lección de energía dada a la infancia, apólogo ejemplar en la propaganda del bien. Otra lección, sin embargo, dictóse con aquélla, lección más difusa, sin límite en la edad del doctrino, sin exigencia ética en la significación. Otro poder más sutil—tal vez venenoso—tenía el libro para las almas. Pensemos que el diálogo entre el hombre y la Naturaleza *a solas*—«¡al fin solos!»—comienza con él.

Estamos a principios del XVIII. Es la hora de perfección más quintaesenciada en la sociabilidad que haya conocido la historia. La de normas más abstractas también. El arte se performa en la retórica de Boileau; la ciencia, en la mecánica cartesiana. El mundo empieza a ser Francia; Francia, París; París, un salón. Aquí hay una tiranía, la del Estado; allí hay otra tiranía, la del buen gusto. Lo demás, situado fuera de las conveniencias, no existe. ¿Cómo atribuirle heroísmo o dignidad...? Ved, sin embargo, allá lejos, una isla desierta. En la isla desierta, un náufrago desnudo. Este náufrago desnudo, sin sociedad, sin convenciones, sin policía, sin habla siquiera, en lucha directa con las fuerzas cósmicas—que quiere decir, en nupcias entrañables con las fuerzas cósmicas,—salvará primero la vida; luego, el alma. Cumplirá una hazaña no inferior a la del más sublime de los políticos o de los capitanes. Si sus pobres hombres, fatigados, han perdido la toga, en torno de su cabeza ennoblecida florecerá un nimbo de luz.

Cuando, al promediar la prueba larga, Dios quiera por fin mandarle al pobre solitario alguna humana compañía, ésta será la de un pobrecillo negro, ante cuya presencia resucitan en el corazón nostálgico, en la boca y en los oídos doblemente sedientos de palabra, los impulsos más avasalladores, a la vez que las emociones más dulces de la fraternidad.

ROUSSEAU

SI el mito del negro de Robinsón es incompleto todavía, pronto le perfeccionará á el mito del «hombre primitivo» de Juan Jacobo. Cualquiera que sean el origen convencional, la sinceridad mayor o menor de la tesis escogida por Rousseau en el momento, para siempre famoso en los fastos del espíritu, en que se decidiera a acudir al concurso abierto por una Academia provinciana sobre la superioridad o inferioridad del estado de naturaleza sobre las conquistas de la civilización, nadie desconoce que desde ese instante abríase una nueva era ideal para el mundo. Sólo a partir de ella entra el romanticismo a exaltar el valor de lo espontáneo e inculto para la felicidad y para el bien.

Verdad es que el «primitivo» jacobino no significa, en el rigor de los términos, un salvaje. Es más bien un *humano abstracto*, y no nos sorprende que halle una absoluta justificación ante el bien, cuando sabemos que de antemano se le han concedido convencionalmente todas las virtudes. Ni siquiera las gracias de la sociabilidad parecen ausentes del vivir de tan refinado epicúreo... Pero la fuerza de esta aparición en la cultura, como la influencia del mismo Rousseau en la sociedad moderna, no se miden mecánicamente, según la lógica de una argumentación: se miden por el hecho mismo de la magnífica insensatez de estas apariciones y por el poder sugestivo con que arrastran. Si el «primitivo» de Rousseau era una quimera, esta quimera fué la quimera del mundo.

Aun los no convencidos, aun los adversarios hubieron de cambiar en su manera de ver las cosas, cuando Rousseau otorgó precio de primacía a la naturaleza y al naturalismo. Todos hubieron de sentir subvertidas y mudadas ya sin remedio las formas y direcciones de la propia emoción. Juan Jacobo no maneja tal vez armas dialécticas suficientes; maneja algo mejor y peor que una dialéctica; es decir, un huracán... No a todos acatarró el viento nuevo; pero a todos se les llevó las pelucas. Tras de muchas frentes persistía el ideal académico; ya persistía indigentemente desabrigado.

En tales vientos habían también de mecerse muy pronto, para en seguida zozobrar los castos amores de dos niños, cuyos nombres aprendió ávidamente el romanticismo universal: los amores de Pablo y Virginia... Mas, para decirlo a la manera de Rudyard Kipling, ésta ya es otra historia.

EUGENIO D'ORS.

(*A. B. C.*, Madrid).

Libros y folletos de ocasión a precios módicos

Tenemos encargo de vender los siguientes:

P. Henríquez Ureña: *Mi España*	¢ 4.00
R. Heliodoro Valle: *Anfora Sedienta*	4.00
Pedro Prado: *Ensayos*..............	1.50
Pedro Prado: *La Reina de Rapa Nui*	1.50
Alberto Carvajal: *Ritmos breves*.	3.00
Emilia Bernal: *Alma errante*........	3.00
A. Fogazzaro: *Daniel Cortes* (2 tomos)	2.00
M. D'Aziaglio: *Mis recuerdos* (3 tomos)........	4.50
G. K. Charleston: *El hombre que fué jueves* (novela)...............	3.50
Cervantes: *Novelas ejemplares* (4 tomos)...............	4.50
R. F. Guisti: *Enrique Federico Amiel*	3.00
C. Hispano: *En el Valle del Cauca*...	3.00
Arturo Borja: *La flauta de ónix*.	2.00
R. Rolland: *Nicolai y el pensamiento social contemporáneo*..........	1.25
Luis Carlos López: *Por el atajo*......	5.00
J. S. Alvarez (Fray Mocho): *Salaro criollo*............	2.50
André Gide: *Los límites del arte*	2.00
Rodolfo Rocker: *Artistas y rebeldes* (Poe, Tolstoy, Wilde, Kropotkine, etc.)...............	4.00

DESDE MEXICO

Los bailes interminables

¿Qué es de Terpsícore? Todos los públicos de la ciudad de Méjico, el que va al cine, el que asiste a los toros, el que discurre por las iglesias, el que anda en los centros culturales, el que se distrae en los paseos, el que no sale de casa, desde hace algunos días está desfilando, en montones, en oleadas, torbellinescamente, frente al escenario en donde quisieran eternizarse,—al principio un centenar y ahora una veintena—, las parejas participantes de un concurso de toques bien excéntricos.

Consiste, para no dejar de ser explícito, en saber cuál es el último en rendirse bailando: con derecho, desde luego, a mudar de pareja si ésta no se siente con ánimo de continuar la danza; a tomar alimentos y cumplir otras necesidades, cada tres horas durante tres minutos, y, finalmente, si optare por desmayarse, a ser atendido por la Cruz Roja, lo cual equivale a su exclusión de la partida.

Propio de los americanos del norte, a quienes no hasta ahora se imita,—quizá porque ellos lo calcaron de la gente británica—, estos bailes de resistencia impresionan con más lentitud, con más fatiga, que un encuentro de boxeadores: este deporte es momentáneo, algo más entretenido que la ejecución eléctrica de un infractor; pero la danza, tan deleitosa a largo de las seis u ocho horas de costumbre, con sus galanteos y sus diálogos a ratos ingeniosos, con sus paseos por el vestíbulo y sus cuadernillos emborronados con nombres comprometidos para el siguiente valse, viene a resultar un suplicio lento y, lo peor, un suplicio atrayente, tal vez por su misma lentitud, que ha obligado a más de un clérigo a recoger sus hábitos y a plegar, como pañuelo de lino, su recato, a más de diez visitadoras de altares...

Y a igual que todos, como el abogado de presunción romana, lo mismo que la damita que sólo mira muy discretamente de soslayo, permanecen una, dos, tres horas, contemplando, con tanto interés como desasosiego, la deliciosa y maloliente terquedad de los danzantes; y es que basta acomodarse dos minutos en la silla de un lunetario, a presenciar la apuesta, para que en uno se despierte toda esa prehistoria de que dependemos a pesar de tánta civilización, y que nos hace aptos para la guerra, exigentes en los toros, inflexibles ante el boxeo, tolerantes de muchos espectáculos que debieran celebrarse en cavernas. En los bailes de resistencia, eso sí, revive y aparece una que simula ser nueva circunstancia: la de lentitud; y decimos que es vieja, porque el hombre ya la ha ejercitado en otros tiempos, al imponer el castigo señalado por él mismo en la aparente inexorabilidad de los códigos. La muerte lenta debe haber sido algo deleitante: ir desprendiendo, de un sér humano, miembro por miembro, al paso de los días, gozozo al hacerlo de justicia, mientras, afuera, el viento refrescaba otros hombres y otras turbulencias...

Aparentamos disgusto por la lentitud y quién sabe si somos francos: nos molestará que no ruede con rapidez el ferrocarril que nos lleva a otro punto; mayormente si nos espera una alegría; nos dolerá un agonizar interminable, o porque el paciente es de nuestra familia o porque esa es la probable, cesación total de nuestra actividad biológica; pero cuando aquélla se refiere a cosas que no nos pertenecen, entonces, aunque vayamos cubiertos con buenos casimires y cargando bajo la axila tomos de intención platónica, sentimos un reverdecimiento de alegría, nunca bien disimulada ni en el rincón penumbroso en que nos acomodamos a hacer acto de ausencia y de presencia. Y está probado que toda voz de protesta, en tales momentos, sale de las gargantas que, por razones de competencia, desea el fracaso de la empresa.

Por eso se explica el interminable desfile ante el escenario del Teatro de

Animales de resistencia





(*Excelsior*, México, D. F.) (Por García Cabral).

Esperanza Iris: un boleto nos cuesta un peso, entramos; al principio nos es difícil saborear el espectáculo; pronto nos acostumbramos a aquellos cuerpos sudorosos, fatigados, insensibles, que, a fuerza de cansancio, mienten una original danza clásica... Nos parece que ya todos van a caer extenuados y, en seguida, nosotros, como los demás, establecemos diferencias de ardor entre ellos, y, sin saber por qué, cuando menos lo esperamos, aplaudimos a unos, siseamos a otros, y muchos sienten deseos de bailar hasta la muerte. El interés crece cuando alguien nos informa que algunos de los danzarines llevan más de veinte y cuarenta horas de estar a merced de una orquesta inagotable. ¿Y resistirán diez más...? Y ese alguien, dulcificando retadora, irónica, placenteramete, una sonrisa, en tanto se afirma en «su paraguas de sedas cautelosas», nos pronostica que hasta diez más, veinte, treinta, cuarenta. Una señora, que observa a su derecha, exclama escandalizada: «Son unos salvajes». Con todo, el espectáculo la retiene ciento veinte minutos más después de la interjección.

No es fácil comprender a estos espectadores: todos comentan la barbaridad del acto y todos asisten a él; quien por curiosidad, quien por estudio, quien por matar el tiempo. Se va por algo, eso sí. El pretexto es puente que elude cualquier foso.

Realmente, la curiosidad es el primer síntoma de irritación prehistórica: antes de entrar en el patio, no damos crédito a que haya quién baile más de cincuenta horas sin parar... Después, no sabemos qué sutiles e impalpables persuasiones nos conservan largo tiempo dentro del recinto: ¿es la exaltación a que se abandona gran parte de público, esa exigente exaltación que ondulaba como un mar en las graderías romanas, apagando el choque de las armas gladiadoras, y que, mucho después, ha estado tentada de pedir la la muerte del torero en vez del toro y jamás en solicitar el indulto de la fiera? ¿Es el desfallecimiento en que, a poco, entran los concursantes, con sus rostros pálidos y descompuestos, sus piernas flaqueantes y movidas sólo por la costumbre mecánica del ejercicio, tales cosas, muchas veces, para caer como muertos por un rayo? ¿Es que ese afán cotidiano de enterarnos primero del crimen anunciado a grandes títulos en los diarios, necesita, imprescindiblemente, de una oportunidad para derramarse a todo gusto?

—Vea usted, me replica una señorita de ojos melancólicamente negros y a quien no le place estar incluída en tal apreciación,—es la novedad del espectáculo lo que lleva tanta gente.

Pero qué, ¿la novedad de una compañía de bailes rusos, de unos coros ukranianos, han llevado alguna vez a todo Méjico? ¿Y no piensa conmigo ella que con la novedad se corren dos suertes, la de insistir en la asistencia y la de no volver, según se haya uno impresionado? ¡Oh, sí!, y ella misma, por no decir todos, se ha interesado por saber quiénes siguen bailando, mañana y tarde va a los pizarrones, y cuando creyó imposible que el número 27 llevaba ya cincuenta y siete horas, hubo una prolongación sonriente en sus labios, de irresistencia, y fué a convencerse, ¿no a deleitarse?, por sus propios ojos, de si, en efecto, aun danzaba; y como ella fueron muchos y muchas, muchas veces, desembolsando muchos pesos.

Eso sí, mi distinguida amiga no debe molestarse, porque si convenimos en que es ese un acto de salvajismo, hay seres menos civilizados que nosotros:

Quienes luchan por el campeonato; los que están bailando desde hace sesenta horas.

MANUEL SEGURA

México, D. F., 10 de junio de 1923.

—¿Qué es el baile de San Vito, papa?
—Una enfermedad.
—¿Y el baile de resistencia?
—Una estupidez.

(Excelsior. México, D. F.) (Por GARCÍA CABRAL).

Página lírica

de Emilia Bernal

Del libro "Los Nuevos Motivos"

NO ES COMO PUÑAL

¡Qué dulce veneno llevo en las entrañas!
No es como puñal...
Que el puñal se clava, y éste se diluye
en la carne sensitiva
y en la médula espiritual.

¡Qué dulce veneno este del querer
y del no poder.
Voluptuosidad
que salva un abismo, y es puente que lleva
a la idealidad.

¡Ah, si siempre fuera
la imposibilidad,
cómo nos iríamos, süave... süavemente...
por este azul celeste de la suavidad!

EL CABALLO DE LAS ROSAS

Caballo que corre con carga de rosas...
El es... Allá va...
¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!
Y cuando tiene hambre, mucha hambre,
a un lado y otro vuelve la cabeza
y arranca rosas y come
hasta que ya no puede más...!

Y es lo peor, que trota
alrededor de un circo donde divierte a los
[demás,
y que jamás
termina la vitualla de rosas
y que jamás
encuentra la pista donde parar...

¡Sigue! ¡Sigue! ¡Sigue!
¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!
¡Corre, sin descansar!

(¡Este es el corazón mío!)

¡Ah, si el buen Dios le dijera
con su voz suave, al oído:
¡Eh... pobre caballo... échate, para siempre
[y no corras más!
¡Oh, caballo, qué dulce agonía!
¡Oh, mis ros , cómo os echaríais a volar...!

ANNABEL LEE

(EDGAR ALLAN POE)

Hace tiempo... Mucho tiempo... que en
[un reino junto al mar
a una niña conocí.
Se llamaba Annabel Lee.
Y esta niña no tenía más pesamiento que
[amar
y ser amada por mí.

Eramos los dos muchachos en el reino
[junto al mar.
Mas, nosotros nos amamos con amor tan
[singular,
yo, y mi Annabel Lee,
que los ángeles se enojaron, con envidia
de ella y de mí.

Y es por esto, que hace tiempo en un reino
[junto al mar
una nube sopló un viento, que hizo helar
a mi bella Annabel Lee.
Y los ángeles vinieron a separarla de mí
y a encerrar en un sepulcro a mi bella An-
[nabel Lee.

Esos ángeles, la envidiaron y me envidia-
[ron a mí.
Y es por esto, como todos lo conocen que
[en el reino junto al mar
una ráfaga, en la noche, vino a helar
a mi bella Annabel Lee.

Pero es este amor más fuerte que el amor
[de los que fueron aún más viejos en amar
o más sabios que nosotros, porque ni
esos ángeles arriba, ni aquí
los demonios, bajo el mar,
podrán mi alma separar
del alma de Annabel Lee.

Pues jamás la luna alumbra sin traerme
[dulces sueños de mi bella Annabel Lee,
y me miran las estrellas con los ojos brilla-
[dores de mi bella Annabel Lee,
y yo duermo cada noche reclinado
sobre el lado
de mi niña, de mi amada,
de mi novia, de mi dulce desposada
en su tumba junto al mar.
En su tumba, junto a aquel sonoro mar...

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos al publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

HIERRO....

Un hombre de hierro...!
De hierro las carnes del pecho invencible.
De hierro los biceps y triceps del brazo que
[erecta triunfante ademán.
Las manos de hierro, y el vientre.
Y los muslos columnas potentes de hierro,
[y las piernas,
cual zócalos bravos sostenes de aquel formi-
[dable titán.
Con el pie clavado en la tierra, apretando
[en los dedos de garra,
las raíces del árbol que arranca del bíblico
[Adán.

De hierro los ojos.
De hierro los dientes.
De hierro el cerebro, los pulmones y el co-
[razón,
los riñones, el bazo y el sexo.
Por fuera y por dentro, un hombre comple-
[to de hierro.
¡La fuerza!
La fuerza más grande que el tiempo a la
[vida ha lanzado
es su encarnación.

Sus ojos fulguran extraños temblores de
[hierro, si mira.
Hinchando las alas expira el herrumbre por
[la ancha nariz.
Limaduras brillantes de hierro de fragua
[salpica su lengua, si habla.
Palabras de aristas de hierro martillan sus
[dientes, si ama.
Ideas de hierro engendrara por hijos en to-
[da matriz.

¡Hierro! ¡Hierro! ¡Hierro! es su himno de
[guerra.
¡Hierro! ¡Hierro! ¡Hierro! es su himno de
[paz.
Su locura perfora la tierra con hambre de
[hierro.
Le obsede horadar.
El diámetro del mundo abriera su diente de
[pica
por sacar a la antípoda tierra el férreo reir
[de su faz.

¡Gran hombre de hierro, yo os extiendo la
[mano cordial!
¡Yo os extiendo la mano valiente, grandioso
[animal!
Alumbra la tierra con hierro.
...Esa civilización pasará.
El tiempo es más fuerte que todo, y tu
[empuje.

Y un día, tu hierro, pirámide hará,
un puente de encaje de forja que corte el
[azur,
la base, cubriendo la América nuestra,
el vértice, buido, enganchando un pitón de
[la luna,
el hombre del Sur.

Del volumen en preparación "El libro del Buen Amor"

CANTO DE SOLVEIG

(IBSEN).

Todo un otoño aún, todo un invierno, y
una primavera, un estío, voy a esperarte
[aquí.
En algún día del año has de volver a mí,
y yo he de haberte guardado la fe que te
[prometí.

Dios te guía en todas partes por el camino, y
Dios bendice tu mano y vela tu andar. Si
vuelves, he de esperarte sin una queja. Si
me esperas allá arriba, iré a encontrarte,
[Peer Gynt!

RUBI

(LUIS GUIMERAES).

(Del portugués).

Contempla este rubí grueso y luciente
que se llama carbunclo. Es casi eterno
como Plutón. Parece un sol de invierno
entre las rubias llamas de un sanguíneo
[poniente.

Arde en las llamas del abstruso infierno
esta purpúrea joya incandescente
y hace pensar en una gota riente
del cristalino vino de Falerno,

en las bermejas rosas de Tesalia,
el cerásus silvestre y en la dalia
rojiza al sol. En el pluvial Arturo

corre su brillo, rútilo, espontánio,
y hasta, según rezó San Epifáneo,
miran sus ojos a través de un muro.

LO DE LIMA

Mártires

El martirio ideológico, sentimental, ha sido aumentado en la capital del Perú con una docena de jóvenes estudiantes, la flor de la raza, segados por la Policía al reprimir muy bárbaramente una manifestación.

El Sol dió ayer por la mañana, día del Corpus, la triste noticia. Fué el único periódico español que la traía. He ahí una manifestación de hispanoamericanismo.

Hay que conocer, en lo posible, la Historia de la América precolombiana, la de la conquista y el dominio español, la de la separación e independencia de las actuales repúblicas. Hay que saber perfectamente la geografía de América. Y hay que estar versado en la historia literaria de la América de lengua castellana. Alberto Ghiraldo y Blanco Fombona contribuyen con sus libros a esa conveniente ilustración del español. También favorecen el logro de ese conocimiento los viajes de españoles allá y de hispano americanos aquí, expediciones de actores, colaboraciones y polémicas, cual la literaria y muy cortés, en nada semejante a la satirizada por Larra, que han sostenido Gómez de Barquero, Blanco-Fombona y un señor diplomático que firmaba con iniciales olvidadas por mí, artículos que recuerdo perfectamente. Perfecta y dolorosamente, por la cita —en frase indicadora de menosprecio— que hace de Martínez Villergas.

He leído por primera vez hace pocos días el folleto, impreso en París el año de 1853, *Sarmenticidio, y a mal sarmiento, buena podadera*, desconocido en España, y que todavía escuece e irrita —por esto mi dolor— a algún hispano-americano. Lo he leído con gusto. Ya no tiene otro valor que el histórico ese opúsculo de circunstancias, inspirado en el amor a España. Martínez Villergas no comprendió a Sarmiento, más conocido y estimado hoy en España (y no hay que decir que en América) que el autor del *Sarmenticidio*. La crítica que del libro de viajes de Sarmiento hace Villergas es superficial, epidérmica; se preocupa sólo del lenguaje, no de las ideas; es gramatical, no filosófica, y lo malo para el satírico castellano, buen escritor, es que ninguna de las censuras que dirige a Sarmiento y de los reparos que pone a su prosa tiene la gravedad de un descuido del censor, de Villergas, que usa el vocablo *abrogar* en la acepción que tiene en castellano el verbo *arrogar*.

Me detengo en estos tiquismiquis porque nada hispano-americano debe sernos indiferente, extraño, ajeno. Nada. Y menos que lo pasado, lo teórico, lo especulativo, lo vivo, lo real, lo actual.

Los españoles que viven en América no deben mezclarse en la política de los países a que emigraron. Pero nada de la vida política literaria social de las repúblicas hispano-americanos debe ser indiferente al español. Por esto encomio la diligencia de *El Sol* en darnos la noticia de lo sucedido en Lima y por esto ha causado en mí más violenta impresión que las andanzas de la ocupación del Rhur, que las hazañas del fascismo y que los fusilamientos que perpetran los bolcheviques. Sólo la selvática lucha de los pistoleros barceloneses me emociona tan vivamente.

América (hablo de la hispánica) no debe ser para un español país extraño, fuera de la respetada y respetable independencia en el orden político. Y el Perú es precisamente en la América del Sur la nación predilecta, por la terrible epopeya de la conquista, por la civilización anterior al descubrimiento, por lo largo y empeñado de guerra de separación, por los ayacuchos, por Sucre y hasta por el heroísmo de Méndez Núñez y la torpe empresa de bombardear El Callao, nombre que borraríamos de bonísima gana de nuestra historia. El haber sufrido el Perú en su guerra con Chile es un motivo más para el cariño que siento hacia esa república.

Digo todo esto para explicar (no hace falta justificarlo) el horror y el hondo disgusto que me ha causado la inmolación de once estudiantes en la capital del Perú. Ha sido no sólo una crueldad, sino una blasfemia, pues teñir con sangre humana el corazón de Jesús es un escarnio comparable al de la corona de espinas. Es convertir a Jesús en ídolo de las idolatrías que destruyó.

Las llaves de la ciudad de Lima han traído al Ayuntamiento de Madrid amables comisionados, merecedores de gratitud y estima. Quisiera que se llevaran de Madrid cruces y coronas de flores para las tumbas de los once estudiantes.

Matar jóvenes que estudian para ser útiles a su patria y tal vez a la Humanidad es un crimen complejo, entre asesinato y suicidio, porque la nación que arranca en flor una vida se priva del fruto que esa vida puede darle, y lo daría, porque el joven lleno de vida, entusiasta y abnegado, que se manifiesta en contra de lo que cree injusto, en defensa de lo que considera bueno, demuestra poseer una juventud opima en promesas de ciencia, de virtudes ciudadanas, de belleza.

¡Malditos sean los verdugos! ¡Benditos sean los mártires! En España se mató a un estudiante el año de 1919, cuando los tumultos de Granada contra el caciquismo. Antes, en 1903, se mató a dos estudiantes en la Universidad de Salamanca. Y en 1884, la Santa Isabel, y en 1865, San Daniel, y el año pasado, en este mismo curso, prolongado para que no se siga diciendo que la bullanga y la holganza son los móviles de la juventud escolar, las ruidosas manifestaciones contra Millán de Priego.

Lo más bochornoso para España fué el fusilamiento de ocho estudiantes cubanos en La Habana. Aquella inmolación a la diosa patria de los jóvenes estudiantes cubanos se perpetró en noviembre de 1871. En agosto del mismo año fué fusilado el poeta Zenea (el padre de la viuda de Bobadilla, *Fray Candil*), no obstante los esfuer-

zos de Moret, ministro de Ultramar. Los voluntarios de Cuba eran implacables: aclamaron al general Dulce y se obstinaron en fusilar a los estudiantes.

¿Cómo fué?

Voy a copiar una página de la *Historia de España* del Benemérito D. Juan Ortega y Rubio:

Era gobernador civil de La Habana Don Dionisio López Roberts, y desempeñaba funciones de capitán general, por hallarse en operaciones el conde de Valmaseda, el segundo cabo D. Romualdo Crespo. Porque algunos estudiantes—según decían—habían profanado el 23 de noviembre de 1871 el sepulcro de D. Gonzalo de Castañón, fundador del periódico *La Voz*, de Cuba—profanación que consistía en haber hecho tres rayas en el cristal que cubría la lápida de dicho sepulcro—, se abrió proceso, a instancias de López Roberts, de D. José Trías, director a la sazón de *La Voz;* del capitán de voluntarios D. Felipe Alonso y de otros varios de este mismo Cuerpo.

Declaró D. Mariano Rodríguez, capellán del cementerio, que no sabía cuando ni quién había hecho las rayas en el cristal.

Un motín se enseñoreó de las calles de La Habana, pidiendo la cabeza de los traidores a la patria. Una comisión de voluntarios, en representación de todos los batallones, visitó al General Crespo, obligándole a que, arrancando el proceso de los estudiantes del poder de la justicia civil, lo entregase a un Consejo de guerra.

Con efecto, así se hizo. Después de leer el atestado hecho por el gobernador civil, el capitán D. Federico R. Capdevilla, encargado de la defensa de los acusados, demóstró con pruebas irrecusables que aquellos cuarenta y cuatro jóvenes eran inocentes. El Consejo, temeroso de la actitud del populacho, condenó a los cuarenta y cuatro estudiantes a la pena de arresto mayor y multa, conforme disponía el Código penal, puesto que se trataba de violación de sepultura.

No conformaron los voluntarios, y pidieron su revisión por otro Consejo, accediendo a esta demanda el débil general Crespo.

El nuevo Consejo, bajo la presidencia del coronel D. Alejandro Jaquetó, compuesto de seis vocales del Ejército y nueve de los voluntarios, condenó a muerte a ocho estudiantes, y a diferentes penas a los demás. El capitán general aprobó aquella sentencia injusta e inhumana. La Prensa de América y de Europa condenó enérgicamente la conducta de las autoridades de La Habana.

No recuerdo esa negra, infame página de la historia colonial de España para dirigir a una nación americana el ¡más eres tú! Lo recuerdo para lección y escarmiento. Los que por patriotas cometieron aquel crimen son hoy execrados por España y justifican con aquel su crimen la independencia de Cuba. Los que por religiosidad han cometido el crimen de Lima son más heréticos y blasfemos que los energúmenos relapsos achicharrados por la Inquisición.

De Pliatos actuó en España el pobre general Crespo; de judíos deicidas, los voluntarios; de fariseo, aquel gobernador civil, y no tiene tipo comparable en la pasión el vindicador del honor de España, el militar D. Nicolás Estévanez, que, avergonzado por aquel crimen *empapelado* a lo legal, rompió su espada, esgrimida en la guerra de Africa, y pidió el retiro.

Sospechamos que el Perú habrá tenido varios López Roberts. Dudoso que pueda enorgullecerse con un hombre como nuestro Nicolás Estévanez; nuestro y de todos los hombres de bien.

ROBERTO CASTROVIDO

(La Voz, Madrid).

Unamuno en Yanquilandia

(HACIA UNA VERDADERA COMPENETRACION DE CULTURAS)

DESPUÉS de ese gran desesperado del pensamiento y terrible lógico en la acción que fué Don Quijote, ha entrado en Yanquilandia un Quijote redivivo, un Quijote conciente y vocacional, un Quijote en quien la razón y la fe se acercan infinitamente como la parábola y su asímptota, sin encontrarse nunca: Don Miguel de Unamuno.

Una de las primeras impresiones críticas que se ha dado, en lengua inglesa, del egregio pensador hispano, corridos más de dos años de la versión de *El sentimiento trágico de la vida* que prologara Maradiaga, nos la ofrece en *The Freeman*, magnífico semanario neoyorquino, Mr. John Gould Fletcher.

Mr. Fletcher considera a don Miguel como el más grande de los pensadores espiritualistas modernos. Comentando una observación escéptica de otro crítico acerca de la generación de intelectuales que ha arrojado lejos de sí las preocupaciones y los problemas espirituales, el articulista de «The Freeman» observa cómo en diversos países existen grupos de pensadores que a pesar de la guerra, a pesar de la «relatividad», a pesar de todo, insisten en perseguir lo que denomina *the hopeless and Victorian quest for universal, absolute laws of life* (1). *Among them*—agrega—*the greatest is a Spaniard*: entre ellos el más grande es un español, «un hijo de la tierra que nos dió al Greco y a Goya, a Loyola y a San Juan de la Cruz, a Cervantes y a Pizarro».

Este paladino reconocimiento de la soberanía mental de un escritor tan castizamente español como Unamuno y que tan vivamente vinculado se halla a nuestra cultura, tiene singular importancia para nosotros. Es muy significativo el triunfo espiritual de este hombre que desde hace más de treinta años viene nutriendo la mentalidad de esas dos grandes penínsulas que se extienden, una al sur de Europa y la otra al sur de Yanquilandia (aunque por fuerza de la imágen quede México—nuestro querido México—al margen). Y es más significativo aún que el reconocimiento de ese triunfo espiritual empiece a abrirse paso en el país donde gobierna Harding, el omnipotente apoderado de los magnates financieros e industriales de Wall Street, el retórico propagador de fementidos ideales pacifistas de Washington (1922), el jefe de un gobierno buro-pluto crático que, desde la eminencia de la Casa Blanca, pretende desconocer y desautorizar los principios de gobierno genuinamente democráticos y humanos del más bizarro de los pueblos hispano-americanos.

Cuando la fuerza mental de hombres como Unamuno, genuinos productos de la raza y la civilización que han germinado en zonas desconocidas del mundo anglo-parlante, empiecen a imponerse a la estimación de las gentes del Norte; cuando la pujante, y en ciertos sectores generosa y sutil, cultura anglo-sajona empiece a tomar en consideración a hombres como Ortega y Gasset, (superior éste a Santayana, —notable filósofo, crítico y poeta de habla inglesa y de origen hispánico—según el escritor inglés J. B. Frend, actual estudiante de la *Residencia* de Madrid); cuando ya no sólo los críticos estudiosos, sino también los grandes públicos de la cultura inglesa y norteamericana, conozcan y estimen la labor intelectual de un Ayala, un Eugenio D'Ors, un Alomar o un Posada; cuando los hombres que desde

(1) La desesperanzada búsqueda de leyes universales de la vida de la época «victoriana», es decir, del tiempo de la reina Victoria, o sea de los Carlyle, los Ruskin, los Arnold.

Londres o Nueva York dirigen los grandes sindicatos y corporaciones que comercian en lanas, carnes, azúcar, petróleo y minerales, sepan y tengan presente que en las tierras que colonizara la España de Santa Teresa y Loyola, Saavedra Fajardo y Calderón, no sólo se producen esas materias primas, sino también seres humanos que siguen la tradición de aquellas cumbres de la humana inteligencia; cuando los periódicos de Nueva York y de Londres no sólo hablen de la cotización del cobre o del algodón, sino también de nuestra producción espiritual, entonces, únicamente entonces, podrá afirmarse que se inicia una época de fraternal y hermosa compenetración de dos culturas que ahora mutuamente se ignoran, y podrá empezar a hablarse de la posible realización del ideal pan-americano hoy tan llevado y traído para bien de las marcas de fábrica que protege el Tío Sam, y menoscabo de nuestro libre e independiente desarrollo como miembros de colectividades soberanas y autónomas.

Ya se han traducido en Nueva York el «Ariel» de Rodó, «La Busca» de Baroja, el teatro de Martínez Sierra, los Quintero y Benavente, para no referirnos al triunfo no tan merecido como rotundo, de Blasco Ibáñez. Ahora necesitamos que se conozca bien en Inglaterra y sobre todo en Estados Unidos a hombres como Zorrilla de San Martín, Lugones, Ingenieros, Rojas, Vasconcelos, Varona, García Calderón, Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Ernesto Quesada y esa pléyade ya innumerable de escritores, críticos, filósofos y publicistas, que, mediante un esfuerzo honrosísimo de auto educación, han logrado sintetizar en su personalidad intelectual y en su sensibilidad de hombres actuales, las cualidades tradicionales de la espiritualidad francesa y la rica urdimbre de las virtudes celtibéricas. Hombres, estos, ya apercibidos a la gran batalla de ideas y sentimientos humanos que fraguará la civilización del porvenir, hombres que han puesto en la más viril de sus universidades un letrero que afirma:

«POR NUESTRA RAZA TRIUNFARÁ EL ESPÍRITU»

Si en Lima, Buenos Aires, la Habana y México leemos a Kipling, Chesterton y Bernard Shaw, a James, a Dewey y a Santayana, bien podemos aspirar a que no sea necesario que surja un imperialismo mercantil y militar de Hispano-América, para que los portavoces de su espíritu sean escuchados. Tal vez baste el interés de conquistar nuestros mercados. Pero para esto es necesario—es necesario, señores diplomáticos del Perú y del Brasil, llamados ya a razón por «El Sol» desde Madrid—no servir de inconcientes instrumentos a los «politicians» del dollar y del «big-stick», y seguir la tradición honrosísima de los grandes patriotas argentinos que se llamaron Alberdi, Estrada, Drago, Mitre, Sáenz Peña...

EDWIN ELMORE

Lima, abril 15 de 1923.

(Mercurio Peruano, Lima).

De los libros que nos llegan

(Indice)

R. BLANCO FOMBONA: *La Máscara Heroica* (Escenas de una barbarocracia). Editorial Mundo Latino. Madrid.

Hemos leído con el mayor interés esta obra. Al concluirla hemos sentido coraje, vergüenza, tristeza. ¡Parece increíble que a pocos pasos de Costa Rica, en la desgraciada Venezuela, ocurran las escenas que pinta Blanco Fombona con caracteres de fuego. Nos hace pensa el destino—que ha de ser glooriso—reservado por la Providencia a países como Guatemala y Venezuela, tan azotados por las tiranías. No es creíble que sigan siendo los días malos para naciones que pasan por un calvario tan horrible. Pero en el caso de Venezuela, lo más horrible es la indiferencia con que la ven sufrir —¡hace ya tantos lustros!—los poderosos de la tierra, los países hermanos del Continente. ¿Cómo es posible que no se haya creado una sanción internacional americana que purgue a estas naciones de los monstruos que suelen azotar y los nulifique y los extermine en breve tiempo? Ya es hora de eso. Léase esta obra de Blanco Fombona y se verá cómo el corazón se oprime y se subleva a la vez con tanto iniquidad.

Destacamos de la obra dos irónicos pasajes:

....

—¿Qué hacemos con los demás oficiales y con tantos estudiantes? Como casi todos son de Caracas, y en Caracas viven sus deudos, las familias van a volvernos locos con menudeadas exigencias.

Gómez se quedó meditabundo. No había pensado en ello.

—¿Cuántos hay?—preguntó.

—Lo menos sesenta.

—Pues repártalos entre el Castillo de Maracaibo y el Castillo de Puerto Cabello. ¡Ah! Y mañana daré un decreto cerrando la Universidad.

—No recuerdo que grande hombre ha dicho que la República no necesita de sabios—expuso Márquez, aprobando la medida.

—Pues yo pienso lo mismo—agregó Juan Bizonte.—No necesitamos de sabios, ni de abogados ni de bachilleres revolucionarios.

....

EL NUNCIO Y EL CONDE DE LA MULERA

—Yo no recibo a nadie más. Estoy harto. Me voy a Maracay: aquellas vaquitas conversan menos, exigen menos y producen más que toda esta gentuza.

El amigo Márquez se consternó.

—Y al Nuncio de Su Santidad, ¿no quiere usted recibirlo, general?

—No. Ese cura vestido de azul es un bribonzuelo: usted no lo conoce.

—Es el decano del Cuerpo diplomático, general. Es un gran admirador de usted; él se vanagloria de haber influído para que Su Santidad condecore los méritos de usted con el bello título de Conde; y usted es hoy, general, el único venezolano que puede unir a su nombre un título nobiliario.

—Psh—hizo Gómez alzando los hombros con desprecio.

El pobre diablo de Márquez, personaje rural que sudaba cretinismo, creía de algún valor los condados del Papa. Hubiera dado lo indecible por alcanzar título semejante. ¿No sabía que por unas cuantas pesetas habría podido procurárselo?

Gómez, hombre práctico, daba importancia a su título por motivos de otro orden. Aceptó aquel título, no por mero ruralismo ignaro y grotesco, ni por fe religiosa, ni porque creyese en aristocracia que no fuera la del sable, sino con mayor picardía: para mirar sancionados sus asesinatos, sus estupros y sus desfalcos por la primera autoridad moral del mundo cristiano.

El conde Gómez sabe que lo apodan conde de la Mulera, y aquello lo pone furioso, como el más grave insulto.

La Iglesia católica no ennoblecía el bastardo patán a humo de pajas. La Iglesia que ha erigido en el Vaticano una estatua a García Moreno, tirano del Ecuador, «concede el bello título de Conde» al antiguo sirviente, al matador de reses y de hombres, al gañán de la Mulera, al monstruo de los Andes, como para asociarse en alguna forma a la última tiranía que deshonrara a la Humanidad y no romper las tradiciones de la Santa Sede.

Las armas del matarife ennoblecido podrían ser un becerro que chupa y

un cuchillo de sacrificador. El becerro, símbolo de sus latrocinios o succiones del país; el cuchillo, emblema de su oficio de antes y de su política de ahora.

—¿Qué le respondo al Nuncio, general?

—Que no tengo tiempo.

—¿Y si estuviese ahora aquí mismo, en Miraflores?—preguntó Márquez con su más cortesana sonrisa.

El monstruo hizo un signo vago.

—Vendrá a pedir dinero—dijo.

El amigo Márquez, haciéndose el sordo, aprovechó la ocasión. Aspiraba a ser Conde.

Dirigióse a una puerta cerrada, hacia el fondo del salón, hizo un signo a un edecán y poco después escuchóse el fru-fru de la seda. Y pobló el ambiente un suave aroma de Colonia. Parecía que hubiese entrado una cortesana.

Pero no era una cortesana quien entraba; quien entraba con aquel frou-frou de faldas, con aquel olor de tocador, cubierto de polvos, contoneando las caderas, la sonrisa en los labios y deshecho en cortesías, era Monseñor Pietropaoli, Nuncio de Su Santidad, decano del Cuerpo diplomático, «bribonzuelo vestido de azul», según palabras de Gómez. Era un italiano moreno, bajo de cuerpo y de alma, muy zalamero, muy falso.

—Excelentísimo señor general: yo tenía especialísimo deseo de saludarle privadamente, con motivo de haber sofocado la horrible conspiración, antes de que, como decano del Cuerpo diplomático, convoque a mis colegas para que de un modo oficial le presentemos nuestro hamenaje.

—Muchas gracias, monseñor.

Hablaba español bastante claro; pero encabalgando y multiplicando los períodos. No parecía que conversase, sino que pronunciase discursos, malos discursos.

El amigo Márquez, discreto, se eclipsó.

—Dios ha querido conservar la vida de Vuestra Excelencia y la paz de la República, para bien de esta nación católica, que bajo el gobierno de Vuestra Excelencia prosperará tanto y que bajo Vuestra Excelencia está llamada a grandes destinos si Dios, como parece, se digna conservar a Vuestra Excelencia al frente de ella.

—Muchas gracias, monseñor.

—También deseaba decir a Vuestra Excelencia que mi corazón está profundamente lacerado por la desgracia ocurrida al padre Franquis, sacerdote católico de muy recomendables prendas, aunque perturbado por el mal ejemplo revolucionario y francmasónico.

Gómez torció el gesto, empezando a dar signos de impaciencia.

Francamente no le era simpático el Nuncio.

—De los hombres es errar y él erró —continuaba el irrestañable monseñor—; erró olvidando su santo ministerio, por el campo de las pasiones políticas en que se lanzara.

Gómez, acentuando más y más sus movimientos de impaciencia, dijo:

—El padre Franquis murió: ese era su destino. ¡Qué le vamos a hacer! Nadie le apreciaba más que yo. Habíamos sido bastante amigos. Pero ahora, francamente no me parece oportuno...

El Nuncio, impertérrito, seguía hablando:

—El pequeño servicio que con motivo del padre Franquis pude hacer a Vuestra Excelencia, y de que nunca me arrepentiré, no es incompatible con el sentimiento cristiano más puro...

Gómez se puso de pie. El Nuncio, poniéndose también de pie, continuó:

—...Y en nombre de este sentimiento cristiano me atrevo a implorar para la familia del infeliz sacerdote católico una remuneración de Vuestra Excelencia. Y Vuestra Excelencia, tan noble cuanto...

Gómez lo interrumpió con brutalidad, y con brutalidad dijo:

—Usted hubiera podido participar al señor Márquez que solicitaba dinero...

—Excelentísimo señor general. Yo, con el debido respeto...

Gómez, volviendo de su incivilidad, trató de sonreir y sonrió con su sonrisa más falsa, con su sonrisa de colmillo.

—Adiós, monseñor. Volveremos a vernos y hablaremos de eso. Ahora excúseme; tengo mucha prisa.

***

Aquel Pietropaoli era una sanguijuela. Por diferentes medios, en diferentes ocasiones había sacado dinero al Gobierno. Su avidez de oro no conocía límites. Hasta «el bello título conde» había sido un negocio para él. Pero Gómez, rehacio a la esplendidez, habituado al toma y daca, incapaz de hacer ni dar nada con desinterés, exigió que lo sirviesen por su dinero. El Nuncio de Su Santidad se prestó a todo.

La cosa pasó así:

Un cura, enemigo incarcelable de Gómez—el padre Franquis—, estaba oculto nadie sabía dónde. Nadie podía dar con él, a pesar del mucho tiempo perdido en buscar su paradero. Gómez suspiraba por aquella pieza y rogó a Pietropaoli que le ayudase a encontrarla.

Pietropaoli se armó de astucia y desplegó sus habilidades. Por fin averiguó que un curita de provincia lo tenía escondido haciéndolo pasar por su padre. Se puso en relación epistolar con el perseguido, le inspiró confianza, lo conquistó. Era el Nuncio de Su Santidad, y el perseguido sacerdote tuvo fe en el representante del Papa.

Poco tiempo adelante fingió el pérfido Nuncio un viaje al extranjero y escribió al padre Franquis, comprometiéndose a sacarlo del país y enderezarlo a Roma, con efusivas recomendaciones. El infeliz cayó en el garlito, y monseñor Pietropaoli, príncipe de la Iglesia y Nuncio de su Santidad, al servicio del monstruo, entregó al pobre sacerdote católico a los verdugos.

Ensombrecido su espíritu por aquella traición y víctima de crueles torturas físicas—que le hizo aplicar Gómez—, no pudo Franquis resistir largo tiempo. Muerto lo sacaron, meses después, de la cárcel.

Ahora Pietropaoli quería roer los huesos del infeliz sacerdote, comer de aquel cadáver, sacar más dinero a Juan Bizonte, so pretexto de socorrer a la familia.

Ya el monstruo no necesitaba de aquel príncipe de la basura. Ya no le daría dinero, sino puntapiés. Lo conocía.

Hacia el acercaniento internacional hispano-americano

Proyecto de la resolución de la Dirección General de Escuelas aprobado por el Honorable Consejo en su sesión del día 14 de marzo de 1923.

Asunción, 1º de marzo de 1923

Vista la comunicación Nº 251 del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública que hace saber la resolución del Consejo Honorable de Educación de la República Argentina, de designar algunas escuelas públicas de instrucción primaria de la Capital Federal con los nombres de las Repúblicas Latino-americanas del Continente, como un paso hacia la obra del acercamiento internacional que debe realizar la escuela educando las nuevas generaciones que formarán los pueblos del futuro, como una orientación inspirada en la paz y concordia humana, y teniendo por única finalidad aunar los esfuerzos de todos para el bien común, el Consejo N. de Educación, animado de los mismos sentimientos de confraternidad y compenetrado de los mismos ideales de educación, y

como justa retribución a la distinción tributada a la República del Paraguay al dar esta denominación a la Escuela Nº 10 del Consejo Escolar Nº 2.

RESUELVE:

Art. 1º Designar a las escuelas nacionales que a continuación se expresan con los nombres de las Repúblicas Latino-Americanas:

1. República Argentina ... Escuela Graduada San Roque.
2. Estados Unidos del Brasil...Escuela Graduada de la Encarnación.
3. República del Uruguay...Escuela Graduada de Santísima Trinidad.
4. República de Chile...Escuela Graduada de Recoleta.
5. República del Perú...Escuela Elemental de Puerto Sajonia.
6. República de Bolivia...Escuela de Villa Morra.
7. República de Colombia...Escuela Graduada de Villeta.
8. República de Cuba ... Escuela Graduada de San Miguel.
9. República de Venezuela..., Escuela Graduada de Lambaré.
10. República del Ecuador...Escuela Graduada de Pilar.
11. República de Panamá...Escuela Graduada de Pirayú.
12. **República de Costa Rica**...Escuela Graduada de Itá.
13. República de Guatemala...Escuela Graduada de Yaguarón.
14. República de Honduras...Escuela Graduada de Ypacaray.
15. República de México...Escuela Graduada de Paraguarí.
16.—República de Nicaragua...Escuela Graduada de Carapeguá.
17. República de El Salvador...Escuela Graduada de Caballero.
18. República de Haití... Escuela Graduada de Iturbe.
19.—República Dominicana ...Escuela Graduada de Maciel.

Art. 2. Ordenar que en dichas escuelas sean rememoradas las fechas históricas de importancia en las respectivas repúblicas, dando clases alusivas.

Art. 3. Ordenar que los alumnos de las mismas escuelas establezcan intercambio de correspondencia escolar con los de las escuelas de la república cuyo nombre llevan.

Art. 4. Insértese en el libro de Actas, comuníquese y publíquese. Firmado: Ramón I. Cardezo,—Director Ceneral de Escuelas. J. Frentanilla.—Secretario General. Es copia: Raf. Luis Avila. Hay un sello del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Noticiario

(1923)

Hemos recibido en esta semana:

Del autor:

Justo Manuel Aguiar: *José Enrique Rodó*. Montevideo, 1922. pp. 32. Prologa el ensayo, Daniel Martínez Vigil.

Del joven autor de este opúsculo dice el señor Martínez Vigil: «no tiene ni necesita más credenciales que las que le dan su inteligencia, su probidad, su preparación, su amor por el arte y sus más eximios cultores.»

Del ensayo dice: «Hay en él honradez, carece de artificio y es sentido...»; «breve y preciso comentario de la obra de Rodó...», añade al final.

De nuestro amigo y colaborador Alfonso Reyes:

L' Evolution du Mexique. Extrait de la «Revue de L'Amerique Latine», París.

En español hemos de dar esta nutrida conferencia a nuestros lectores.

Del autor:

Xavier Icaza: *Los Fanáticos* I. *Acerca de Carlyle*, 1921. pp. 32.—*Dilema* (Novela). México.

Del mexicano Xavier Icaza ya sabíamos mucho bueno, gracias a los informes epistolares de nuestro amigo P. Henríquez Ureña.

El ensayo sobre Carlyle, que ya hemos leído, es muy agradable. Lo vamos a reproducir, para deleite y enseñanza de los lectores del REPERTORIO.

De nuestro amigo el Dr. Sergio Cuevas Sequeira, Profesor de la Universidad de la Habana:

Biblioteca de las Antillas. Colección de folletos literarios, históricos y filosóficos, IV.

Carlos Manuel de Céspedes, discurso inaugural de la serie destinada por la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo de la Habana a glorificar a los Grandes Hombres de Cuba. Segunda edición, 1923. Habana, pp. 18.

Del Instituto de las Españas, en los Estados Unidos:

The supernatural in early Spanish Literature studied in the works of the Court of Alfonso X, el Sabio. By Frank Callcott, del Departamento de Lenguas Románicas de la Universidad de Columbia. New York, 1923.

Propósito del autor en esta obra: Coleccionar, clasificar y analizar las varias referencias que en las obras de Alfonso X, el Sabio, se hace de las creencias y supersticiones del español de la época relacionadas con lo sobrenatural. Ha escogido para esto las obras de Alfonso el Sabio, porque representan, no sólo su período propio sino todo el precedente, recordado no sólo en castellano y latín, pero también, y mayor o menormente, en árabe y en hebreo.

Capítulos: Alfonso el Sabio as King and Scholar. — Miracles performed by the Virgin in Response to Prayer.—Miracles performed voluntarily by the Virgin.—Miracles performed by images. — The Devil and all his works.—Divinations. Omens. Auguries. —Visions. – Various manifestations.

La Bibliografía es muy copiosa.

De la *Editorial América*, Madrid, cuyo Director y Propietario es R. Blanco Fombona:

Biblioteca de autores célebres. Antón Chejov. *Un duelo*. Novela. Trad. de J. Rivas Panedas.

Elysio de Carvalho. *Príncipes del Espíritu Americano*. Trad. y prólogo de César A. Comet.

Elysio de Carvalho es un publicista brasileño, sociólogo y crítico literario. Componen esta obra los siguientes estudios críticos: *Rubén Darío*, *Graca Aranha* y *Don Rufino Blanco Fombona*.

De nuestro amigo Humberto Tejera, en México:

El arte en la Rusia actual. Por Esperanza Velázquez Bringas. México, 1923. pp. 40.

Una dedicatoria sugestiva: «A todos los hombres y mujeres de Rusia y del mundo, que han creído en la Revolución, a pesar de los fracasos aparentes».

Las ilustraciones son numerosas y el breve estudio está escrito con fe y entusiasmo. Léanlo quienes deseen informarse de la admirable y ejemplar obra realizada por Lunacharsky, el ya famoso Comisario de Educación del Soviet ruso.

Del autor:

Carlos Sabat Ercasty. *Poemas del Hombre*. (Libro del Corazón, Libro de la Voluntad, Libro del Tiempo). Montevideo, 1921. — *Poemas del Hombre*: Libro del Mar. Montevideo, 1922.

La Biblioteca Pública de San Angel, D. F., México, ha sido bautizada con el nombre de MARTÍ, el Apóstol cubano y profeta de nuestra América.

El presupuesto de la Secretaría de Educación Pública de México para 1923, asciende a $ 45.000,000 de pesos mexicanos, por ahí de 22 millones y medio de dólares.

El excelente mensuario *Pegaso*, de Montevideo, en estos términos se expresa de una de nuestras ediciones:

«*Discurso en el Congreso de Angostura*, De Simón Bolívar.—Ediciones «El Convivio». —J. García Monge, Editor, San José de Costa Rica, 1922.

Una edición más del discurso de Bolívar, sobre todo si como ésta es cuidada y pulcra, hace grata impresión al espíritu. Cuanto más se difunda esa página del Libertador por antonomasia, mejor se conocen sus ideas republicanas y más se agranda entonces su figura.

En esta edición de «El Convivio», hay una introducción magistral de García Calderón y una copiosa serie de notas de Blanco Fombona, Cornelio Hispano, Miguel de Unamuno, José Enrique Rodó, Eugenio María de Hostos, que completan, conjuntamente con un retrato de Bolívar en 1879 hecho por el pintor rumano Samys Rützner, el loable esfuerzo editorial de García Monge».—*T. M.*

A propósito de *Pegaso*, en la sección hispanoamericana de este mensuario, hay unos fragmentos de una carta del Licdo. Vasconcelos a sus Directores, que conviene reproducirlos. Dicen así:

«Debo confesarle, como sin duda lo observarían ustedes mismos, que salí un poco triste de esa ciudad, porque juzgaba que eran muy diferentes nuestros puntos de vista: nosotros empeñados en considerar la patria latinoamericana como una sola, sin diferencia de fronteras y sin mucha consideración por los patriotismos nacionales, y ustedes muy celosos de su autonomía, lo cual nadie podría censurar, pero quizás un poco indiferentes con respecto de México y los países de la América Latina, y por qué no decirlo, desconfiados un tanto de sus vecinos.

«La Bélgica de la América del Sur», oí decir, «es Uruguay» y esto me pareció absurdo, porque el Uruguay tiene un porvenir mucho más ilustre que el de un pequeño pueblo heterogéneo formado por dos razas que no se asimilan y que se mantiene unido por una corona que no puede despertar ya simpatía en ningún espíritu moderno.

«Ustedes recordarán nuestras discusiones acerca de la europeización de nuestra América, especialmente mis ataques a la influencia francesa por lo que ha tenido de nociva al imponernos este nacionalismo que dividió nuestra raza a principios del siglo XIX en veinte fracciones débiles, para beneficio de los piratas ingleses qua tantos años se habían estrellado contra el poderío de España unida.

«Bolívar, que era genio, comprendió que estos pueblos divididos irían a la ruina, pero no pudo consumar la unión, probablemente porque en sus planes se dió mucha importancia al factor político, como lo prueba el hecho de que invitó a los Estados Unidos a formar parte de la liga.

«El movimiento en la actualidad es mucho más fuerte porque tiene un fondo étnico y no político, puesto que tiende a reunir los pueblos de una misma sangre y de un mismo idioma, o de idiomas afines como el portugués y el español y deja afuera a los Estados Unidos, no por razones de odio, sino porque es natural que la gran República Sajona forme su alianza espiritual, como de hecho lo ha venido verificando, con la gente de su misma habla, con lo que tantas veces se ha llamado el *English Speaking World*.

«Así como está ya constituído de una manera clara y eficaz el *English Speaking World*, nosotros queremos que se acabe de organizar en este continente la raza de habla española, no para que se enfrente a ninguna otra de la tierra, pero sí para que defienda sus tradiciones y sus potencialidades de progreso».

¡Diablo de gringos!

...Cuando don Celedonio Paredes llegó a lo que hoy es Chacaico—*importante localidad con más de 3,000 habitantes*, según se lee en un voluminoso *Anuario*—no figuraba aún en los mapas el puntito negro, semejante al autógrafo de una mosca, con que en la actualidad lo representan. Por aquella época — veinticinco años atrás— toda muestra de tratarse de un país habitado la constituía allí alguno que otro rancho de totora, medio oculto entre altos tacuarales.

El pueblo se formó después, cuando unos franceses lotearon aquellas tierras, abrieron canales de riego, plantaron viñedos y llevaron colonos italianos, hombres trabajadores y sobrios, muy bien hallados en aquella región de sol, de vino y de terremotos que les recordaba su Toscana o su Sicilia distantes...

—*¡Diablo de gringos! ¡Mire que son buscavida...!*—decían los viejos criollos, los representantes de una raza esterilizada por la ignorancia, por la religión y por el aguardiente, viendo cómo el pobre solar nativo se enriquecía, cómo se poblaba de jalbegadas viviendas, casitas modernas y limpias, cómo se levantaban aquí y allá enormes bodegas, cómo tupía más y más la red de los caminos, cómo se aprovechaba la fuerza de los saltos de agua para obtener la maravillosa energía que había de mover los volantes, las bielas y los émbolos de las usinas; cómo, gradualmente, se hacía más espesa la trama de los canales, que repartían por toda la región la vida, la riqueza y el bienestar,—tal un sistema arterial inmenso — y la trama de las acequias, por más humildes, que, como el sistema capilar de aquel aparato circulatorio gigantesco, tenían la misión de hacer llegar a todas partes ese bienestar, esa riqueza y esa vida...

Y en esa frase que la admiración arrancaba a los paisanos, había un dejo entre despechado y doloroso, como de quien se siente despojado de algo que le pertenece...

ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA.

(Del tomo *Jesús en Buenos Aires*, 1922. Buenos Aires).

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieran colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias —sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal;* que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del *giro*, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica